

Ramón Zarragoitia

IN ORA MORTIS

I. 15/XII/2012

María vuelve a casa.

Son las seis de la tarde. Comienza el invierno en esta ciudad del Cantábrico.

Entrará por la puerta de la cocina. Hace muchos años que se acostumbró a no usar la entrada principal. Prefiere dar un rodeo por el jardín, ver su huerta y acceder al viejo caserón de tres plantas por la zaguera. En el pasado, en un tiempo ahora lejano, la excusa consistía en sorprender a su difunto esposo preparándoles la cena.

Oscar también era científico. Su especialidad, sin embargo, no era la Química, sino la rama cuántica de la Física. Ocurrió que una vez nacida su primera y única hija, Clarita, decidió abandonar su profesión para convertirse en un eficiente amo de casa.

El fregadero aparece vacío tras el cristal. También la encimera de granito burdeos se ve libre de cacharros, vasos y cubiertos.

María abre la puerta. Solo tiene que girar el pomo. Ya nunca cierra con llave, ¿para qué?, si lo único precioso que queda en ese cascarón son los recuerdos de treinta y seis años juntos.

Su invariable rutina de diario la obligará a cruzar la cocina vacía y recorrer un estrecho pasillo anejo al recibidor. Después, bajo el sórdido peso de otro día de soledad, deberá ascender los dos efímeros tramos de la vieja escalera panelada en cerezo. Al término, aguarda el dormitorio principal, tan estático y despacible como el resto de la vivienda.

Cuántos recuerdos. Cuántas alegrías. Qué pocos disgustos. Y alguna lejana desgracia. Casi treinta y siete años de rutina que parecían no tener final hasta que el corazón de Óscar dijo basta.

María cumple con el hábito de quitarse los zapatos de tacón alto y calzarse unas pantuflas.

Tres amplios ventanales. La playa aparece cubierta de ocre y dorados por efecto de los últimos rayos de sol. Un pesquero encara la bocana del puerto. Se acerca cabeceando entre las olas, escoltado por una gran nube de gaviotas. Una pareja camina por el paseo marítimo.

La vieja profesora de Química abandona su ajado portafolios de cuero sobre una mesilla auxiliar. Contiene varios exámenes aún por corregir. Por desgracia, su ánimo en declive y su cabeza revuelta no se lo permitirán. ¿Y llorar? Tampoco quiere llorar.

Las campanas del Redentor anuncian el primer cuarto. La villa queda al otro lado de la ría. Demasiado lejos cuando se está solo.

María es consciente de que debe conjurar su soledad. Por tal motivo, levanta a tientas el auricular del cercano teléfono y comunica con lo poco que atesora ya.

II. 25/XII/2012

Día de Navidad. Son las tres y cuarto.

Arriba, en la primera planta de la casa, lo que queda de la familia se ha reunido en torno a una mesa oval colmada de delicias.

La nietita ha almorzado en la cocina una hora antes. Para esas alturas está tumbada junto a ellos sobre el tresillo de la abuela, descansando tranquila mientras los comensales velan su sueño.

Un impecable mantel de lino cubre la mesa. La propia María se ha encargado de servir los entrantes y el primer plato, cuyos restos aún no ha retirado.

La niña suspira. Le han quitado la falda, el grueso jersey de lana y los zapatos. Y así, en leotardos y con una fina camisa de algodón, duerme su placentera siesta. Clara, su cuarentona madre, la mira de vez en cuando, siempre atenta, siempre protectora; al fin y al cabo es su única hija y seguramente no tendrá más.

El yerno no es muy hablador. Un publicista, un creativo que agacha la cabeza y prefiere centrarse en su plato repleto de marisco.

¿Y María? Ella no habla, ni come, apenas sí vela el sueño de su nieta. Se mantiene estática con la vista apuntando al otro extremo de la bahía. Da la impresión de que esté hipnotizada con la cuesta donde terminan las últimas casas de la ciudad y en lo alto, allá donde el camino de pavés muere después de serpentear la ladera, con la imagen de la vieja ermita junto al alto muro encalado que custodia el cementerio.

El resto de comensales se ha acostumbrado a los silencios de la abuela. Cada vez más extensos, más frecuentes de día en día. No obstante, respetan su duelo. Lo comparten, pues es de todos.

María no ha reparado en ello. Tan solo piensa:

«Allí te dejé hace algo más de un año y sin embargo, aunque sepa que tu cuerpo no ha podido moverse, aunque nadie haya quitado la lápida con tu nombre y tu última fecha, te veo. Estás entre nosotros. Velas el sueño de la hija de nuestra hija, sentada a sus pies sobre mi sofá mientras la casa te añora y yo... yo no puedo soportar vivir sin ti un solo minuto más».

Las imágenes del entierro de Óscar regresan una vez más a la mente de María. El pequeño cementerio no daba abasto con los amigos, los compañeros de trabajo y de estudios, los familiares y los vecinos del pueblo. Mucha gente quería despedir el cuerpo de Óscar, pero todos, sin excepción, vinieron a apoyar a María. La ceremonia fue breve. Al finalizar, anocheciendo ya, tan solo una figura permanecía en el cementerio: la viuda quiso despedirse sin prisa del cuerpo de su esposo. Entre coronas, ramos de flores y material de obra, María cerró una etapa de su existencia, la más larga de cuantas llevaba vividas.

María vuelve a su realidad:

«...Es solo que no tengo demasiada hambre... Sí, Óscar, tienes razón, comeré un poco más, no vayan a pensar que no me gusta después de todo el trabajo que se han tomado. Nunca te he preguntado si comes. Estás aquí cerca de mí, cuando almuerzo o por la noche, cuando tomo un bocado antes de acostarme, pero desde tu... Bueno, ya sabes, desde que nos despedimos no te he visto comer ni beber nada... Qué absurda conversación, ¿verdad? Pero es que pienso que si algún día me vuelvo cabal dejaría de verte, y eso sería tanto como volver a perderte. Y sospecho que esa vez para siempre...»

Los ojos azules de María han comenzado a brillar.

Clara cree comprender. Imagina la causa de los continuos silencios de su madre y está convencida de que Papá les acompaña en esta celebración navideña.

III. 16/V/2013

Medianoche.

La pálida figura de un hombre abandona el edificio bajo de garaje y aperos. Se dirige hacia la casa. En su trayecto, a punto está de pisar los rescoldos de una fogata que aún humea sobre las tinieblas del huerto.

Cuando la enigmática silueta accede al interior de *Villa María*, apenas unos segundos más tarde, un lamento de freón destroza el silencio nocturno. El reloj de la cocina se adelanta hasta señalar la fatídica hora de una muerte: la suya propia.

La etérea presencia reanuda su itinerario. Sale al pasillo y se dirige al arranque de la escalera. La ascensión por los peldaños de madera brillante es lenta. Da la impresión de que el hombre no flexiona las rodillas al andar, incluso de que sus pies ni siquiera rozan el suelo, sino que avanzan deslizándose a pocos centímetros sobre él.

Se siente dueño de la casa. Al fin y al cabo, él la mandó construir y la ha habitado durante muchos años. No obstante, hay momentos vividos allí que preferiría olvidar: como la noche de invierno en la que sintió un agudo dolor que le contrajo el brazo izquierdo, un escalofrío que le paralizó media espalda, un mareo tenaz, y, por fin, aquella infinita angustia que le certificó a solas su final. Lo último que escuchó fue el horrible sonido de su cuerpo al chocar contra la madera del suelo. La misma que ahora perciben sus gélidos pies de bruma.

Por fin alcanza la planta noble. Al llegar al fondo de una salón que otea el mar, encuentra abierta la puerta que le franqueará el acceso al lugar más sagrado de la casa: su propio dormitorio; suyo y de ella, la mujer que aún ama. Según se acerque, y sus ojos que ya no ven se acostumbren a la luz artificial del paseo, diversos bultos tomarán forma. El más pequeño tiene un metro de altura. Se trata de una maleta con ruedas que impide que la puerta de la habitación pueda abrirse por completo. Se convierte en el primer indicio con el que confirmar su sospecha más pesimista. El otro, una vez que su vista se libre del negro velo de la madrugada, lo forman dos cuerpos que coinciden en el interior de su propia cama. El brazo derecho de María apresa

sin fuerza la cintura de su hermano Julio. El perfil que trazan sus cuerpos bajo la ropa de cama delata que tienen las piernas entrelazadas.

A pesar de su muerte, de la corrupción de la carne y la podredumbre del alma, Óscar no podrá evitar que una lágrima de pena, o incluso de pura rabia, recorra su mejilla helada. En una milésima de segundo, como si bastase el deseo para conseguirlo, el fantasma abandona el dormitorio y se conduce hasta los ventanales del salón, donde acatará su ingobernable Destino. Su mirada cruza la quietud de la bahía y divisa el muro blanco que encinta la cima de una colina. Decide que allí, en el otro extremo de la pequeña ciudad, estará su casa a partir de ese momento; por mucho que no lleve su nombre, ni haya vivido en ella sus momentos más felices. Jura que jamás volverá a mirar atrás: ni en el tiempo ni en el espacio. Y mientras se aleja para siempre, se pregunta si también para él existirá un Futuro, ese porvenir eterno por el que no merece la pena luchar... al que tan solo cabe esperar.

IV. 14/V/2014

La tenue brisa del sur enjuga el rostro de María cuando finaliza su ascensión por la empinada cuesta que conduce a la ermita y el cementerio. Sentada sobre un solitario banco de piedra, dedicará unos minutos a reponerse del esfuerzo y distinguir a lo lejos, casi en el centro mismo de la bahía, al otro lado de la desembocadura del río, la silueta rectangular de su casa.

Son las once de la mañana. El sol de primavera no está aún lo suficientemente alto como para bruñir en plata la superficie del Cantábrico.

La profesora de Química da por concluido su descanso. Se levanta y su mirada se dirige hacia la entrada del cementerio. Al traspasar la alineación del alto muro advierte que el enterrador está agachado de espaldas junto al osario, raseando con una llana el encuentro de



dos paredes. María le dedica un tenue silbido. Virgilio se da la vuelta. A cambio levantará la pequeña herramienta a modo de saludo. La mujer le manifiesta sus intenciones señalando el lugar donde se encuentra la sepultura de Óscar. El enterrador le responde asintiendo una sola vez con la cabeza, en un claro gesto de conformidad. Nadie más les acompaña en el tétrico recinto.

María recorre el camposanto entre escalofríos. Se detiene por fin frente a un inmenso ajedrez de tumbas. Una vez más, le asombra la futilidad de su existencia. Sabe que no está sola. Presiente que él ha regresado de donde quiera que en ese momento se encontrara y que ahora la acompaña. Con cierta aprensión por el entorno que los rodea, María se gira lentamente y descubre a su radiante esposo. La imagen de Óscar, el joven padre que lucía un chándal gris para realizar las labores domésticas, toma forma ante sus ojos de cielo; como cuando Clarita era aún una niña, como cuando vivieron los años más felices de su largo matrimonio.

—¿A qué has venido?

—Creo que lo sabes de sobra, Óscar. He venido a hablarte de mi futuro.

—TU futuro, María. ¿A solas o con mi hermano? ¿Y qué hay del mío?

—Tú...

—¿Yo, qué? ¿Piensas que porque esté muerto no me corresponde un futuro?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Tendría que...

—¿Morir? ¿Es que crees que vas a vivir para siempre, que alejándote de mí evitarás lo inevitable? El Destino rige para todos, María. Si separas ahora nuestros caminos será para siempre: me condenarás a vagar solo por la Eternidad.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que...?

—Sí, amor mío, me temo que debes elegir aquí y ahora: o Julio o yo.

—¿Y ahora?

—Autopsia, funeraria, tanatorio...

—Podemos ahorrarnos lo del tanatorio. Y preferiría que ni a Clara ni a Julio se les facilitasen demasiados detalles sobre el asunto de la autopsia. Tengo por aquí un documento notarial que otorgó María junto con su último testamento: dona todos sus órganos y pide ser incinerada; no renuncia a un funeral católico, a condición de que no sea de cuerpo presente; y establece que sus cenizas sean enterradas en alguno de los dos nichos que reservó junto al que ahora ocupa su esposo. Legalmente está todo en regla.

—Eres su letrado. Si tú lo dices, así será.

—Hay varias citas que debo cancelar. Dame un minuto y nos ponemos en camino...

V. 16/V/2014

Viernes. Ha sido un día realmente triste para quienes vivimos en esta pequeña ciudad. Calles vacías, comercios cerrados, el pueblo al completo congregado en lo alto de la colina de la ermita. Hoy hemos despedido a nuestra querida profesora de Química, la catedrática de secundaria, María Ortiz Bayón.

El sepelio se ha celebrado al anochecer. Faltaban su yerno y su única nieta, quienes tampoco se han dejado ver en el funeral. Me ha asombrado la entereza de Clara; la única hija de la fallecida. No ha velado sus ojos mediante gafas oscuras ni derramado una sola lágrima o dejado escapar de sus labios un solo lamento.

Tras ella estaba Julio, el hermano del difunto marido de María; es decir, el tío carnal de Clara. Hay quien dice que Julio venía ocupando el lugar de su hermano durante los últimos meses. Sinceramente, no lo creo. Como compañero de profesión de María, docente en el mismo instituto, me precio de conocerla bien. No, me habría dado cuenta. María llevaba meses arrastrando la pérdida de su marido, Óscar. No parecía lograr consuelo con nada. Digo yo que si otro hombre hubiera

rellenado ese vacío en el ínterin, nos habríamos dado cuenta.

El ayuntamiento en pleno se ha personado hoy en el entierro. El alcalde, nuestros concejales, el personal administrativo y los miembros de la oficina técnica, el secretario, la interventora, las dos asistentes sociales: Ángela y Teresa, la cuadrilla de limpieza y la de conservación al completo.

Ha asistido la gente importante de la ciudad: como don Elías, el notario; don Luis María, el médico; o don Anastasio Gutiérrez, el promotor, acompañado de su hijo Abelardín. Aunque también hemos visto a otros, quizás no tan ricos ni tan importantes, pero igual de conocidos: Chemita, el peluquero; Enrique, el patrón de bajura, con su esposa Raquel; o Pelayo, el de las pastelerías. Del mismo modo, no han faltado los compañeros de profesión y muchos alumnos de María. He reconocido a Susana Cabrales, a Ismael Rodríguez o a Julián Machado.

Al salir del cementerio he visto una lápida en la garita de Virgilio. Parecía de mármol. Contenía el nombre de María en grandes letras negras, dos fechas y un breve aunque enigmático epitafio: *"Ahora estás con él"*.

